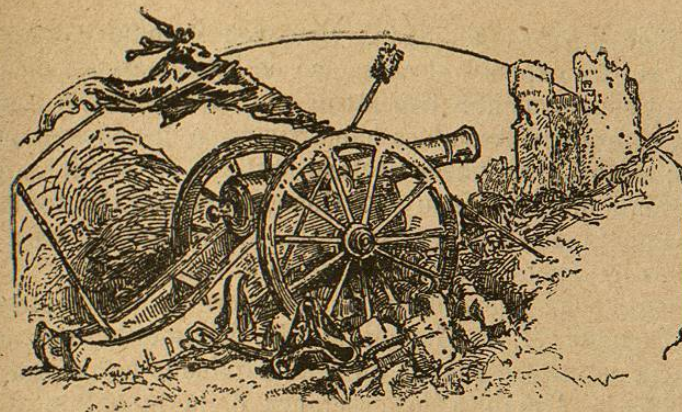


tos ejemplares, temiendo sin duda enajenarse con aquel acto atrevido á la masa de los Fuldenses que trataba de volver á ellos.

Estos, en efecto, se dividieron en aquel momento en dos grupos. Era imposible que Fuldenses como Merlin y Dubois marchasen unidos con Fuldenses como Barnave y Lameth. Desgraciadamente no conocemos sus debates íntimos; pero se traslucen demasiado en la Asamblea nacional. El 30, al tratar una de las cuestiones más graves, se separan, la mayoría se les escapa, y también el poder para siempre; porque era precisamente del poder de lo que se trataba. La Asamblea, después de lo de Varennes, había enviado algunos comisionados á los departamentos fronterizos para que los vigilasen y los sostuviesen. El buen resultado de esta medida hacía que se tratase de darla más amplitud. Es decir, que la Asamblea que hasta entonces había hablado y mandado desde lejos, quería en esta ocasión obrar cerca, trasladándose en la persona de sus miembros más enérgicos á todos los puntos del territorio, mostrándose en todas partes y cogiendo, por este don de ubicuidad, con mano fuerte á la Francia, antes de que se escapase. La vieja Constituyente, casi expirante, trataba de hacer lo que hizo con gran trabajo la joven Convención con el prodigioso aumento de fuerza que la daban el peligro y el furor.

Tarde, muy tarde, aquel poder esencialmente legislativo, aquella gran fábrica de leyes, pensaba en gobernar, en viajar, en obrar. Estaba ya muy cascada para gobernar á caballo. Buzot pidió que se cesara de enviar comisionados, por ser necesaria, según decía, la presencia de todos los diputados en el momento de la revisión. Dandre, órgano en esta parte de las desconfianzas de la corte para con los constitucionales, apoyó á Buzot, con gran sorpresa de todos. La corte tendió también la mano á los republicanos para romper su última esperanza, anulando la acción de la Asamblea. Esta, cansada de si misma, votó sin dificultad lo que se quería que votase; renunció al movimiento, volvió á sentarse todavía, una hora más, impaciente como estaba por echar una última mirada sobre su obra, la Constitución, y cesar de existir.



CAPITULO XXII

**La revisión.—Alianza frustrada entre la izquierda y la derecha.
(Agosto del 91)**

Barnave y los constituyentes pretenden hacerse otra vez dueños de la derecha (fin de Julio).—Se ponen de acuerdo con Malouet.—Entran en negociaciones con Leopoldo.—La reina escribe á Leopoldo para impedirle que obre (30 de Julio).—La derecha rompe la inteligencia de Malouet con Barnave y Chapelier (4 de Agosto).—La revisión tímidamente realista (5-30 de Agosto).—La Constitución del 91, ni burguesa ni popular.—Multiplicación prodigiosa de las Sociedades jacobinas.—Solemne ultraje de Robespierre á los constitucionales, su humillación, 1.º de Septiembre.

El constitucional Barnave y el realista Malouet, distanciados en muchos puntos, tenían un lazo común en su manera de apreciar los asuntos de las colonias; los dos eran partidarios de los plantadores. Un día que Barnave había defendido calurosamente á Malouet en este comité, dejó que salieran los demás, llamó aparte á Malouet y le habló en los siguientes términos: «He debido pareceros con frecuencia muy joven, le dije; pero estad seguro de que en pocos meses he envejecido mucho...» Después de un momento de silencio, en el que parecía que reflexionaba: «¿Es que no veis que todos nosotros los diputados de la izquierda, excepción hecha de una docena de ambiciosos ó de fanáticos, deseamos concluir con la revolución?... Comprendemos que no lo conseguiremos si no se da una base fuerte á la autoridad real... ¡Ah! si la derecha en vez de irritar siempre á la izquierda rechazando todo lo que aquella propone, secundara la revisión!...»

Este preámbulo significaba que los constitucionales, al ver que se quebraba entre sus manos la máquina de los Fuldenses, al ver que la fracción patriótica del nuevo club se dirigía ya hacia la puerta para volverse con los Jacobinos, se inclinaban ellos mismos á la derecha y trataban de unirse á los realistas.

Y cuando hablo de los constitucionales me refiero especialmente á

Barnave. Solo él parecía animado, vivo, con empuje y esperanza. No hay palabras para expresar el cansancio de los demás, su enojo, su disgusto, su desfallecimiento. Esperaban con impaciencia la bendita hora del descanso. Aquella Asamblea había vivido en dos años y medio varios siglos; estaba, si así puede decirse, hastiada de sí misma y aspiraba con pasión á que llegase su fin. Cuando propuso Dandré las nuevas elecciones que la dejarían ya tranquila, se levantó en masa y acogió con aplausos frenéticos la esperanza de su aniquilamiento.

Una carta confidencial de un hombre formal muy enterado de la situación, carta de M. de Gouvénet á M. de Bouillé, nos revela una circunstancia novelesca que no hubiera adivinado la historia, á saber: que la vida de la Asamblea, la esperanza de la monarquía y el deseo de salvarla, se habían refugiado entonces, en medio del abatimiento general, en una cabeza de veintiocho años, en la de Barnave. La liga, tan poco homogénea que había unido las cuatro quintas partes de la izquierda, reconciliando á dos enemigos como Lafayette y Lameth, casi destruido á los Jacobinos, «era el plan de Barnave.» ¿Y por qué se arrojaba á tal empresa? La misma carta dice expresamente que fué el regreso de Varennes, el reconocimiento que le demostraron, «lo que cambió su corazón.»

Gran cambio, en verdad. Barnave no parecía de ningún modo hombre dispuesto á dejarse dominar por el corazón y por la imaginación. Su presunción habitual, su palabra noble, seca y fría, no eran en modo alguno las de un soñador. No se preocupaba de las tesis sentimentales, y por el contrario pecaba más por el extremo opuesto (por ejemplo en el negocio de los negros). Jamás se encuentran en los discursos de Barnave, las palabras que con tanta frecuencia se oyen en los de todos los hombres de la época, desde Luis XVI hasta Robespierre: «Mi sensibilidad, mi corazón.»

Por eso admira más el verle seguir el 91, tan adelantada la Revolución (¿diré con esperanza ó con un ardor desesperado?) el señuelo que había podido engañar á Mirabeau al principio cuando la situación aun tenía fuerza. El plan de Barnave era el mismo de Mirabeau: «Contener la Revolución, salvar la monarquía y gobernar con la reina.»

Barnave se había separado de la reina á la puerta de las Tullerías el 25 de Julio por la noche y no volvió á encontrarla hasta después del 13 de Septiembre, cuando el rey había aceptado la Constitución. Conservaba el recuerdo de las conversaciones de Meaux, veía á la reina confiada y dócil, no queriendo ser salvada más que por la Constitución, por la Asamblea y por Barnave. Desde entonces habían ocurrido muchas cosas en Europa y en el ánimo de la reina, que el joven orador ignoraba por completo.

No sabía que ella había obrado en sentido contrario.

Ya hemos dicho que Fersen, al llegar de París había entregado á

Monseñor el poder verbal del rey, poder que le fué remitido por escrito, auténtico, el 7 de Julio.

Aun sin esperar á esto, el 6 el emperador Leopoldo, hermano de María Antonieta, había escrito y hecho circular una nota á todas las potencias para amenazar á Francia y liberar á Luis XVI.

Prusia, instigada por los príncipes, estaba animada en otro sentido que Leopoldo, Rusia y Suecia demostraban aún más indignación é impaciencia que Prusia.

El 25 de Julio se celebraron varias conferencias entre Prusia y Austria, y en ellas Leopoldo, poniéndose en contradicción con lo que daba á entender en su nota del 6 de Julio, demostró tendencias pacíficas. Le preocupaba su guerra con Turquía, que no concluyó hasta el mes de Agosto. Tenía en puerta la nueva resolución de Polonia, la amenaza de una gran guerra del Norte, la probabilidad de una invasión rusa en Polonia, acaso la necesidad de enriquecerse más con un tercer reparto que impondría Rusia. Esta se hallaba entonces encarnizada sobre otra presa, Turquía. Las conferencias de Rusia y Austria tenían por objeto principal hacer entender á Rusia que mientras no soltase á los turcos, las potencias alemanas permanecerían inmóviles, arma al brazo, contemplándola y no emprenderían aventuras haciendo una cruzada contra Francia.

Resultaba, pues, que por el momento, Leopoldo se había de mantener en actitud pacífica respecto de nosotros. A pesar de Rusia, Suecia y Prusia que hubieran querido comprometerle en los asuntos de Occidente, no se movían. Sus generales, muy instruidos, le decían por otra parte que no era cosa tan sencilla intervenir en una nación como la nuestra, con aquellas masas profundas de población numerosa, exaltadas por el fanatismo de la libertad. A lo cual se agregaba por parte de Leopoldo un sentimiento personal: temía por la vida del rey y de la reina; á la primera noticia de una invasión austriaca, corría riesgo de perecer su hermana.

Salvar á la reina era la idea que naturalmente debía suponerse en su hermano Leopoldo. Y esta era también la idea de Barnave y la de los constitucionales, salvar á la reina y á la monarquía. Sin haber tratado todavía con el emperador, se sentían unidos á él por este interés común. A pesar de la actitud amenazadora de la Dieta germánica que ordenaba el armamento, no desconfiaban de evitar la guerra europea; afortunada ó no, la guerra hubiera sido su ruina, el triunfo de sus enemigos.

Para tratar con el emperador era preciso ante todo ser aquí los amos, destruir el poder de los clubs ó apropiársele haciéndose dueño de ellos. Los constitucionales habían preferido el segundo medio; y creyeron haberlo logrado con la creación de los Fuldenses. Pero ahora resultaba que les faltaba este medio, que se les escapaba. Al perder esta fuerza que era suya, les quedaba el recurso de pedirla á sus enemigos,

á los que habían perseguido y destruido, es decir á los realistas. ¿Querían éstos perdonarles? Tendrían inteligencia bastante para agarrarse á la última tabla de salvación puesta sobre el abismo para salvarse con los constitucionales? Esto era muy dudoso. Más bien era probable que obstinados en sus rencores y prefiriendo ser vengados á ser salvados, rechazarían aquella tabla de salvación, y todos, constitucionales y realistas, caerían juntos en el profundo abismo.

Tal era el momento crítico en que Barnave, en que el partido constitucional, triunfante en apariencia después de los sucesos del Campo de Marte, se dirigió al hombre que siempre había rechazado, al hombre invariablemente silbado por la izquierda y por las tribunas, al realista Malouet. El fuerte era el que, al parecer, pedía auxilio al débil, el vencedor agonizante el que tendía la mano al vencido y suplicaba perdón.

Malouet no rechazó las proposiciones de Barnave. Pero Chapelier y Duport, á los que Malouet fué á buscar en seguida, presentaron grandes dificultades. La carta antes citada afirma sin embargo que se convino entre Chapelier y Malouet el representar la comedia de la revisión. Malouet debía atacar la Constitución demostrando sus efectos. «Y me responderéis indignado; defenderéis las cosas pequeñas; en cuanto á las importantes, las que afectan verdaderamente al interés de la monarquía, diréis que no necesitáis las observaciones de Mr. de Malouet, que ya estabais decidido á proponer la reforma. Y la propondréis.»

¿Cómo podían suponer que esta extraña farsa engañaría al público? Indudablemente contaba con la indiferencia, la despreocupación, el abatimiento general. Había en efecto grandes muestras de cansancio. La misma Asamblea nacional parecía que se abandonaba; habitualmente no se reunían más de ciento cincuenta miembros: el día más crítico, al siguiente del 17 de Julio, no ocuparon sus asientos más que doscientos cincuenta y tres diputados. Los demás se habían ausentado ya ó estaban siempre encerrados en lo profundo de sus oficinas. Se aseguraba que varios, abatidos y corrompidos por el descorazonamiento, pasaban los días y las noches en las casas de juego y de prostitución: el obispo d'Autien, Chapelier y otros muchos, con razón ó sin ella, eran acusados de haber fijado allí sus domicilios.

Laclos y Prudhomme aseguran en sus diarios de Julio que las secciones, las asambleas primarias habían quedado desiertas. Evidentemente muchos estaban cansados de la vida pública. En cambio hay que decir que los que perseveraban se hacían más violentos. Si las asambleas legales estaban poco frecuentadas, es porque la vida y el ardor se concentraban en las sociedades jacobinas.

Barnave, feliz por haber conseguido aquella inteligencia entre los principales actores de la revisión, no desesperaba de conseguir que la monarquía adquiriese nueva fuerza. Los constitucionales, dóciles á sus indicaciones, encargaron á Mr. de Noailles, nuestro embajador en Vie-

na, que advirtiese á Leopoldo, y para mejor convencerle, obtuvieron de la misma reina que escribiese á su hermano, rogándole que no hiciera nada en su favor.

¡Extraña contradicción! Mientras Monseñor, autorizado con los poderes que la corte de las Tullerías le había enviado el 7 de Julio, instaba á la Prusia para que se armase y se pusiera en movimiento, escribía la reina, el 30, al Austria, que no hiciera armamentos, que no se moviera, que confiase como ella en el celo que entonces demostraban los constitucionales de Francia en favor de la restauración de la monarquía.

La carta, larga, insinuante, hábil, muy distante de lo que podía esperarse del carácter habitualmente imperioso de la reina, estaba muy bien meditada para rebatir la acusación de versatilidad que hubiera podido hacerse á la autora de los dos actos del 7 y del 30.

Aquel documento tan político fué, si no dictado, por lo menos preparado y dirigido en el fondo por Barnave y sus hábiles amigos. Y sin embargo, á pesar de la reciente confianza que les demuestra la reina, aún se reserva contra ellos la posibilidad de decir más tarde que no ha sido libre; encabeza su carta con esta frase que, en caso necesario, anularía todo el resto: «*Desean que os escriba y se encargan de entregarnos mi carta, porque yo, por mi parte, no tengo ningún medio de daros noticias del estado de mi salud.*»

El partido realista, ni en Francia, ni fuera de Francia, marchaba de acuerdo con el rey. En el momento en que el rey y la reina ponían su confianza en la Asamblea, era precisamente cuando los emigrados se agitaban más vivamente para armar al extranjero, cuando los curas no emigrados empezaban á influir sobre el pueblo de una manera hábil, con un plan sistemático que debía organizar en toda Francia una Vendee universal. En Julio se supo que la Alsacia y Chalons-sur-Marne, iban á romper el fuego. En Agosto el Pas-de-Calais, el Norte y Calvados, anunciaban la guerra civil. Esta última noticia se recibió justamente en la Asamblea el 4 de Agosto, la víspera de la revisión, en medio del convenio apenas concluido entre Chapelier y Malouet.

Un diputado propuso que en el Norte los sacerdotes que se negasen á prestar juramento de obediencia á la ley, fuesen desterrados del departamento. A estas palabras se levantó toda la derecha. Mr. de Foucault exclama alegremente: «¡Pillaje! ¡Incendio! ¡Guerra civil!» y salen todos, haciendo el abate Maury una profunda reverencia á la Asamblea, como dándole las gracias por apelar á las armas en tan propicia ocasión.

Barnave y Chapelier trataron inmediatamente de apagar el incendio; se declararon enemigos de la medida de rigor que quería aplicarse á los curas, y consiguieron que fuera desechada. La derecha volvió á su sitio en las sesiones siguientes: parecía que estaba apaciguada. Pero el 8 de Agosto, el mismo día en que comenzaron los debates sobre la revisión, d' Eprenesnil, en nombre de sus colegas, declaró que per-